

EL GRAN PISCATOR Y EL POBRE RICARDO: ASTROLOGÍA Y AUTOPARODIA EN LOS ALMANAQUES DE FRANKLIN Y TORRES VILLARROEL.

María Ángeles TODA IGLESIA
Universidad de Sevilla

A primera vista, es difícil imaginar dos personajes contemporáneos uno de otro más distintos que Benjamín Franklin y Diego de Torres Villarroel. Por un lado, Benjamín Franklin, el ilustrado pragmático, inventor del pararrayos, las lentes bifocales y la estufa salamandra; el político diplomático y astuto; el arquetipo del cumplimiento del sueño americano, al ascender desde sus humildes orígenes como aprendiz de impresor hasta ser un padre de la patria estadounidense y uno de los personajes más populares y famosos del siglo dieciocho. Por otro, Torres Villarroel, el díscolo catedrático de Matemáticas de la Universidad de Salamanca, el rezagado barroco en una España donde ya apunta la ilustración, quevediano y sarcástico, pícaro y difamado, perseguido siempre por un cierto halo diabólico.

Sin embargo, ya Russell P. Sebold los vinculó en un estudio como autores de dos de las primeras autobiografías en las que se reivindica plenamente al hombre burgués, el hombre corriente que por sus propios méritos logra conocimiento, dinero y poder.¹ Otro punto en común, que es el que quisiera examinar en este trabajo, es que ambos debieron una parte considerable de su popularidad y su fortuna a su exitosa incursión en un género de la literatura popular: el de los almanaques. Bajo el apelativo de El Gran Piscator de Salamanca, en el caso de Torres, y bajo el seudónimo del granjero Richard Saunders, el Pobre Ricardo, en el de Franklin, ambos surtieron de almanaques al público de su época durante largos años (desde 1718 hasta 1766, en el caso de Torres; de 1733 a 1758 en el de Franklin). Por añadidura, ambos introdujeron innovaciones significativas en el género.

Los almanaques son calendarios con información adicional de diverso tipo, que por lo general incluye las fiestas importantes, el santoral (en los países católicos), las fases de la luna y predicciones meteorológicas. Puede además incluir efemérides, proverbios, consejos sobre agricultura y ganadería, curiosidades y hasta pronósticos sobre el futuro, lo que, como veremos, será el centro de la polémica generada a su alrededor. Generalmente son de tamaño pequeño, encuadernados en papel, y la persistencia del género se ejemplifica en uno de los más famosos en España, el

Calendario Zaragozano, que empezó a editarse a mediados del siglo XIX y aún continúa. Según Aguilar Piñal, el más antiguo que se conserva data de 1495, y fue editado en París.² En las colonias británicas de América, el primer ejemplo es el de William Pierce de 1639, publicado al año escaso de instalarse la imprenta de la Universidad de Harvard.³ Casi desde sus inicios, el formato más habitual consiste en un breve prólogo al lector, información sobre lunas y mareas, los días, las predicciones meteorológicas, e intercaladas entre ellas otras frases en cursiva que pueden ser pronósticos, como en el caso de Torres, o proverbios, como en el de Franklin.

Como comenta Van Doren, los almanaques a menudo eran el único libro que existía en una casa, aparte de la Biblia en hogares protestantes, y muchos niños aprendieron a leer en ellos. Eran obras enormemente populares tanto en Europa como en América: Aguilar habla de más de medio centenar en la España del siglo XVIII, muchos de ellos publicados a raíz de los de Torres, y Van Doren comenta que el primer almanaque del Pobre Ricardo se reimprimió tres veces en tres semanas; Cerniglia, citando la bibliografía americana de Charles Evans, aduce que se publicaron más de 1100 almanaques distintos entre 1639 y 1799.⁴ En América, hubo familias que se dedicaron a producirlos a lo largo de varias generaciones: Daniel y Titan Leeds, sobre quien ya hablaremos, rivalizaron en la producción de almanaques no sólo con Benjamín Franklin, sino con el hermano mayor, la cuñada y el sobrino de éste.⁵

Cuando Torres y Franklin comienzan a publicar los suyos, ambos alegan una clara motivación económica, un tema que se repite casi sin excepción en el prólogo de cada uno de los volúmenes publicados. “Los médicos, y los cazadores, viven de lo que matan: los astrólogos, y los letrados, viven de lo que mienten,” argumenta Torres Villarroel en el prólogo de su almanaque de 1728. “Ya he dicho que la fortuna, y no el

¹ Russell P. Sebold, *Novela y autobiografía en la "Vida" de Torres Villarroel* (Barcelona: Ariel, 1975).

² Francisco Aguilar Piñal, *La prensa española en el siglo XVIII: diarios, revistas y pronósticos* (Madrid: CSIC, 1978) xi.

³ Keith A. Cerniglia, “The American Almanac and the Astrology Factor,” *Early America Review* IV, 3 (Winter-Spring 2003), 30 Enero 2003

<http://www.earlyamerica.com/review/2003_winter_spring/almanac.htm>. Puede encontrarse una valiosa serie de reproducciones facsímiles de almanaques coloniales americanos en las siguientes direcciones: *Archiving Early America*, 21 Noviembre 2002

<<http://www.earlyamerica.com/earlyamerica/firsts/almanac>>; *Communications History: The United States, 1585-1880*, ed. William J. Gilmore-Lehne, 13 Noviembre 2002 <<http://loki.stockton.edu/~gilmorew/0amnhist/comuhis1-2.htm>>; *History 341 Colonial America Homepage*, ed. Timothy Shannon <<http://www.gettysburg.edu/~tshannon/his341/>>

⁴ Aguilar Piñal xiii; Carl Van Doren, *Benjamin Franklin* (Cleveland: The World Publishing Company, 1948) 107; Cerniglia 3.

⁵ Marion Barber Stowell, “Humor in Colonial Almanacs,” *Studies in American Humor* 3.2 (April 1976): 36. 13 Noviembre 2002 <http://www.compedit.com/colonial_almanacs.htm>

ingenio, me puso a el oficio de escritor...; ¿qué hemos de hacer? Lo que importa es, que suelten ustedes el metal...”⁶ En un tono sólo algo menos cínico, Franklin comenta: “Pero hayan sido o no mis tareas de utilidad para el público, lo cierto es que el público ha sido de utilidad para mí.”⁷ Este aspecto comercial y utilitario se refleja también en el hecho de que el impresor de Torres y el propio Franklin aprovechen estos almanaques para hacer propaganda de otras obras editadas por ellos.

A pesar de estas afirmaciones, tanto Franklin como Torres Villarroel persiguen un propósito adicional con estas publicaciones: el de instruir a sus lectores. Este propósito es más manifiesto en el caso de Franklin, con los famosos proverbios intercalados que han sido lo más perdurable de sus almanaques y que aún se reimprimen. Pero cuando Torres alega que uno de sus motivos para elaborar sus almanaques es el de dispersar la ignorancia española, que creía que estas artes tan sólo estaban al alcance de autores extranjeros, también está defendiendo la expansión de lo que él entiende como ciencia.⁸

Una de las innovaciones más significativas que ambos introdujeron fue la de incluir, en lugar del breve prólogo dirigido al lector propio de otros autores de almanaques, un texto algo más extenso en el que desarrollan un personaje inventado, un portavoz cuyas características y funciones están estrechamente relacionadas con los muy distintos contextos en los que escriben uno y otro.

En el caso de Franklin, su personaje fue el pobre Ricardo, el granjero-astrólogo, con su esposa Bridget, regañona y exigente, pero trabajadora y fiel, un hombre que podía aparecer como el epítome del modesto bienestar y progreso al que podían acceder en América los hombres trabajadores y honrados. La ironía, quizá, reside en que el pobre Ricardo no alcanza la prosperidad gracias a sus labores de granjero (el prólogo del almanaque de 1746 sugiere que la mayor parte del trabajo que posibilita ese idílico estado de *aurea mediocritas* lo lleva a cabo Bridget),⁹ sino gracias a sus pronósticos, y presumiblemente a través de aplicarse los buenos consejos que prodiga al público. Sea como fuere, el pobre Ricardo cuenta que como resultado de sus tareas su esposa:

⁶ Diego de Torres Villarroel, *Juizio nacido en la casa de la locura...* (1728) (Madrid: Antonio Marín) np.

⁷ Benjamin Franklin, *Poor Richard's Almanack 1744, Writings*, ed. J.A. Leo Lemay (New York: The Library of America, 1987) 1231. Todas las traducciones de los textos citados de los almanaques de Franklin son mías.

⁸ Diego de Torres Villarroel, *Vida*, ed. Dámaso Chicharro (Madrid: Cátedra, 1990) 160. Varios de los ensayos reunidos en Manuel M^o Pérez López y Emilio Martínez Matas, eds, *Revisión de Torres Villarroel* (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1998) debaten el tema de la actitud de Torres hacia la ciencia de su tiempo, matizando el estereotipo del “rezagado barroco.”

⁹ Franklin, *Writings* 1237.

ha podido comprarse una olla propia, y ya no tiene que pedírsela prestada a la vecina; ni hemos carecido nunca de algo que guisar en ella... y en lo que a mí respecta, me he comprado una levita de segunda mano, de tan buena calidad, que ya no me da vergüenza ir a la ciudad ni que me vean allí.¹⁰

Como granjero, y en el contexto de la “alabanza de aldea” propia del contradictorio primitivismo dieciochesco, el pobre Ricardo goza de cierta autoridad moral, como prueban los escritos de varios autores contemporáneos. Por ejemplo, Hector St. John de Crèvecoeur, que todavía se aprovecha de este tópico en 1782, considera en sus *Cartas de un granjero americano* que el cultivo de la tierra purifica a los colonos americanos y es el origen de su prosperidad material y moral.¹¹ Lógicamente, estas connotaciones hacen que el personaje resulte muy útil para el propósito didáctico de Franklin, mientras que el tratamiento levemente humorístico del que es objeto (al presentarlo su autor paralelamente como un hombre algo vago, crédulo y soñador, casi como un precursor de Rip Van Winkle) atempera este didacticismo, mezclándolo, en la mejor tradición dieciochesca, con un elemento de entretenimiento.

Por lo que respecta a Torres, el personaje que aparece en sus prólogos es en teoría un trasunto de sí mismo: un astrólogo de gran popularidad y dudosa reputación que amenaza con sus locuras la solemnidad de su cargo universitario. Pero, como advierte Guy Mercadier en su obra *Torres Villarroel: máscaras y espejos*, es fundamental no confundir a la persona con el personaje, que no es más que una de las múltiples y fugaces representaciones de sí mismo.¹² Torres inserta a este personaje en una serie de pequeños relatos que son los que dan título a cada uno de los almanaques (*El altillo de San Blas, El mesón de Santarén, Boda de aldeanos...*). Dichos relatos, al decir de Sebold, anticipan el costumbrismo romántico en su relación detallada de calles, personajes y barrios dieciochescos;¹³ no obstante, resultan enteramente barrocos en su gusto por la desmesura y lo grotesco. Torres parece complacerse en un ejercicio de abyección que va mucho más allá de la leve ironía que dirige Franklin contra su personaje, y presenta a “Torres” casi siempre en entornos en extremo marginales, sucios y repulsivos. En estos prólogos el personaje aparece rodeado de locos, de estudiantes

¹⁰ Franklin, *Poor Richard's Almanack 1734, Writings* 1188.

¹¹ Hector St. John de Crèvecoeur, *Letters from an American Farmer*, ed. Susan Manning (Oxford: UP, 1997).

¹² Guy Mercadier, *Diego de Torres Villarroel: Masques et miroirs* (Paris: Editions Hispaniques, 1981)

¹³ Sebold 163.

sopones (los que vivían a costa de la caridad), de buhoneros hediondos, de mendigos mutilados y hasta de viejas hechiceras, todos los cuales lo reconocen y le dan la bienvenida como a uno de los suyos. Así como Franklin parece dotar de cierta autoridad a su pobre Ricardo, Torres aparentemente se esfuerza en minar la credibilidad y la reputación de ese miserable Gran Piscator; en breve analizaremos sus motivos.

Desde estos personajes, ambos autores establecen una curiosa relación con sus lectores y diversos juegos con la realidad exterior que casi podrían considerarse postmodernos. Ambos se dirigen a sus lectores con una mezcla de gratitud por el beneficio económico que les aportan y de una cierta sorna, que en el caso de Torres a menudo roza lo insultante. Ambos se burlan de la credulidad y el asombro que despierta entre ellos la figura del astrólogo. Dice Torres: “Convocábanse, en los lugares del paso y la detención, las mujeres, los niños y los hombres a ver al Piscator, y como a oráculo, acudían llenos de fe y de ignorancia a solicitar las respuestas de sus dudas y sus deseos...”; el Pobre Ricardo, en un párrafo muy similar, alude a las “mil preguntas vanas” “tanto de vecinos como de extraños” de las que sería objeto si se diese a conocer en público.¹⁴

Más allá de estas referencias y de las apelaciones directas a sus lectores, los dos autores incluyen a éstos en sus textos como personajes. En el caso de Franklin, el ejemplo más claro lo constituye el prólogo del último de sus almanaques, donde el pobre Ricardo se encuentra en una subasta con un anciano, el Viejo Abraham, que está pronunciando un discurso en el que enlaza uno tras otro los consejos y proverbios de los almanaques. Este prólogo, que actúa como resumen y refuerzo de todas las enseñanzas anteriores, se publicó después por separado con el título de *Cómo hacerse rico*, un texto que fue ampliamente difundido y traducido a varios idiomas.¹⁵ Una vez más, mediante este recurso Franklin añade autoridad a su personaje, convertido ya en voz popular.

Por el contrario, la función de los lectores que aparecen como personajes en los prólogos de Torres parece ser una vez más la de minar la autoridad del astrólogo. En todos los almanaques que he podido examinar,¹⁶ estos seres marginales (a los que defino como lectores de Torres en tanto que conocen su obra) llevan a cabo una función casi postmoderna: a través de diversos recursos, es a ellos a quien Torres atribuye sus

¹⁴ Torres Villarroel, *Vida*, 215; Franklin, *Poor Richard's Almanack 1742, Writings* 1221.

¹⁵ Van Doren 268. Benjamin Franklin, *Cómo hacerse rico*, ed. y trad. Alberto Lena (León: Universidad de León, 1999).

¹⁶ Varios de los almanaques originales se conservan en la Biblioteca General de la Universidad de Sevilla.

coplillas y pronósticos. El caso más claro —y quizá el más peligroso en un momento en que la Inquisición continúa siendo muy activa en España—es el de la vieja bruja del altillo de San Blas, que se dirige a él cordialmente y le promete que “sin otro estudio ni trabajo, que mi encuentro, tiene vuesa merced fabricado su almanaque”¹⁷ El efecto obvio es el de permitir a Torres distanciarse de su texto, en cuanto que no se presenta como autor de los pronósticos, sino como simple reproductor de las predicciones que hacen otros. Con ello, se libra de algunas responsabilidades, del mismo modo que lo hace al advertir que “las coplillas, juicios e invenciones, solo las pongo, por costumbre, y porque lo vi en el Sarrabal, y otros vejancones astrólogos; pero yo no sé cómo, ni por qué, lo pusieron en sus calendarios.”¹⁸

Este escepticismo con respecto a las posibilidades de astrología es común a ambos autores, y de hecho, según Marion Stowell, era frecuente como fuente de humor en los almanaques americanos de la época.¹⁹ Por lo que se refiere a España, José Luis Peset sugiere que en el siglo XVIII los horóscopos se leían también “como un género literario entretenido, como podían ser las comedias.”²⁰ Quisiera examinar aquí algunas de las formas concretas que toma este escepticismo en Franklin y en Torres Villarroel, y las razones que lo motivan en cada caso.

Ambos bromean con la arbitrariedad y falibilidad de las predicciones. Por lo que se refiere a las predicciones meteorológicas, que son las únicas que incluye Franklin, los prólogos del pobre Ricardo están llenos de justificaciones y disculpas para el caso de que fallen. En el de 1738 se juega con la creencia supersticiosa de que el autor de almanaques no sólo es capaz de predecir el tiempo, sino de disponerlo. Así, en este almanaque, en el que Bridget Saunders sustituye a su marido y redacta el prólogo a su gusto, Bridget explica que ha repasado el almanaque insertando días buenos para que las mujeres puedan tender.²¹ Torres juega con la misma idea al sugerir, en el almanaque de 1734, que uno de los estudiantes que le ayuda a componer las predicciones “estaba de mal humor... porque en el viento, y ayre, dio muchas, y extraordinarias alteraciones.”²²

¹⁷ Torres Villarroel, *El altillo de San Blas...*(1737) (Sevilla: Imprenta Real de Don Diego de Haro) np.

¹⁸ Torres Villarroel, *Los pobres de el hospicio de Madrid...*(1736) (Sevilla: Imprenta Real de Don Diego de Haro) np.

¹⁹ Stowell 34.

²⁰ José Luis Peset, "Torres Villarroel y el arte de hacer pronósticos," *Revisión de Torres Villarroel*, eds. Manuel María Pérez López y Emilio Martínez Mata (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1998) 73.

²¹ Franklin, *Poor Richard's Almanack 1738, Writings* 1207.

²² Torres Villarroel, *Los sopones de Salamanca...* (1734) (Madrid: Antonio Marín) np.

En el caso de Franklin, la intención humorística es muy clara. Al poner esa idea en boca de la esposa de Ricardo, profana en la materia, es fácil para los lectores (imbuidos en una larga tradición misógina) deducir que los autores de almanaques no disponen realmente de ese poder, y que sólo la ignorancia de una pobre mujer puede creerlo. En otros casos, como veremos, no debía ser tan fácil para el público lector distinguir entre las bromas y las veras.

Pero el verdadero centro de la cuestión se refiere a la fiabilidad de la astrología como ciencia capaz de predecir el futuro, y aquí es necesario marcar una diferencia fundamental: Torres sí cree en la “seriedad científica de la astrología pura como una rama de las matemáticas,” como resume Aguilar, aunque considera que la astrología de los pronósticos es algo muy distinto.²³ A pesar de ello, tanto él como Franklin utilizan el humor para autoparodiarse como astrólogos y criticar ciertos aspectos de la ciencia que afirman practicar.

En el caso del Pobre Ricardo, el ejemplo más manifiesto es el de la broma que mantiene a lo largo de varios años con respecto a otro autor (real) de almanaques, el ya citado Titan Leeds. En su primer almanaque, el Pobre Ricardo anuncia en términos grandilocuentes que ha decidido dedicarse al negocio porque desgraciadamente ha leído en las estrellas que el gran Titan Leeds va a morir tal día, a tal hora, etc. Continúa la broma en 1734 y 35, insistiendo en que Titan Leeds, diga lo que diga, está realmente muerto, y que además morir se era su obligación “por el honor de la astrología, el arte que profesaban tanto él como su padre.”²⁴ En 1740 pretende haber recibido una carta del espíritu de Leeds, en el que le confirma que efectivamente había muerto en la fecha señalada por el pobre Ricardo. “Por mi parte,” afirma éste al final, “estoy convencido de que la carta es auténtica.”²⁵

Para que esto se lea como autoparodia, es necesario suponer que los lectores comparten una actitud más o menos racionalista que les hace no creer ya en ciertas cosas, es decir, que entienden la obstinación del pobre Ricardo en afirmar la infalibilidad de sus predicciones como una prueba de que la astrología no es en absoluto fiable. ¿Hasta qué punto era esto cierto? Unos seis años antes de la publicación de los almanaques, Franklin había escrito un artículo burlándose de un supuesto juicio por brujería en las colonias americanas, llevado a cabo mediante pruebas propias de las

²³ Aguilar xv.

²⁴ Franklin, *Poor Richard's Almanack 1735, Writings* 1195.

²⁵ Franklin, *Poor Richard's Almanack 1740, Writings* 1216.

ordalías medievales.²⁶ Si bien el episodio concreto es pura invención de Franklin, resulta revelador que sintiera la necesidad de publicar esta parodia, y el hecho confirma la idea de que faltaban muchos años antes de que esta actitud racionalista fuese general. Cerniglia hace notar que existían en el período colonial tardío famosos autores de almanaques, como Nathaniel Ames, plenamente convencidos de la validez de lo que se denominaba “astrología judicial,” es decir, la que se ocupa de pronosticar acontecimientos futuros.²⁷ En parte Franklin, como declara en su Autobiografía, escribe los almanaques para instruir a un público ignorante; es posible que parte de la instrucción consistiera precisamente en presentar como objeto de humor algunas de las supersticiones que gobernaban sus vidas.

Por lo que se refiere a Torres, y a pesar de su creencia, al menos en su juventud, en las posibilidades científicas de la astrología, él también hace una parodia y crítica constante de ella. Ya he hecho referencia a la crítica que se desprende de atribuir sus pronósticos a los seres marginales que describe en sus prólogos. Pero además, en sus almanaques abundan las advertencias directas a sus lectores: “Dieciséis años ha que te estoy predicando desde mis prólogos que no creas en las adivinanzas, y acertijos de la astrología...”, dice en 1736. En el mismo año, proporciona una explicación de tono racionalista sobre los pronósticos políticos: “Las conjeturas políticas más se fundan en la historia, y en el trato con los áulicos, y políticos, que en las deducciones de la philosophia y astrología.”²⁸

Lo que subyace a esta aparente contradicción es el contexto español, en el que todas las obras estaban sometidas a censura eclesiástica.²⁹ Aguilar argumenta que la actitud oficial de la iglesia hacia los almanaques era ambigua: por una parte, los consideraba potencialmente condenables, ya que conocer el futuro era patrimonio exclusivo de Dios, y ya que el hacerlo entraría en contradicción con las ideas, clave para el catolicismo, del libre albedrío humano y la providencia divina. Por otra, existe una tendencia, quizá ya en parte ilustrada, a considerarlos inocuos, aceptables como simple divertimento. Esto se desprende claramente de los informes de varios de los censores de

²⁶ Franklin, “A Witch Trial at Mount Holly,” *Writings* 155-57.

²⁷ Cerniglia 5.

²⁸ Torres Villarroel, *Los pobres de el hospicio de Madrid...*(1736) (Sevilla: Imprenta Real de Don Diego de Haro) np.

²⁹ No hay que olvidar que las iglesias protestantes de las colonias, por su parte, también lanzaron múltiples ataques contra la astrología, como señala Cerniglia 5-6. Sin embargo, para esta época la conexión entre iglesia y estado, incluso en las colonias puritanas, estaba mucho más debilitada que en España; y por supuesto no existía en las colonias de Norteamérica ningún órgano del alcance y el poder de la Inquisición.

los almanaques de Torres; en cuanto a él mismo, marca constantemente esta distinción entre astrología seria y divertimento, como lo hace en la portada del almanaque de 1739: “sale en compañía de este pronóstico un arte de hacer calendarios de veras y pronósticos de burlas, el uno útil a la iglesia de Dios... el otro no tiene más provecho que para gastar un cuarto de hora simplemente.”³⁰ Insiste en la diferencia también en sus tratados sobre astrología y en su *Vida*, donde critica la imagen diabólica atribuida a los astrólogos.

Torres puede proponerse alejar a sus lectores de la superstición, pero lógicamente uno de sus motivos fundamentales es protegerse a sí mismo. Y aun así, tuvo problemas con la Inquisición. Los tuvo por su *Vida Natural y Católica*, en el que presenta algunas de sus ideas más avanzadas,³¹ y por su almanaque de 1765, en el que se consideró que había pronosticado el motín de Esquilache. De hecho, a partir de 1767 se prohibieron los almanaques y los romances de ciego en España.³² En cambio, Franklin, a partir de 1748, pudo extender el elemento didáctico e ilustrado en su versión renovada de los almanaques, donde incluye curiosidades científicas, datos de utilidad práctica, y efemérides que le permiten ensalzar a las grandes personalidades de la Ilustración.

En contextos muy distintos, como hemos visto, Franklin y Torres Villarroel se aproximan como escritores y renovadores del género popular de los almanaques, al que añaden la ficción de un personaje-autor mucho más elaborado de lo habitual. A través de éste, y utilizando el humor y la parodia, realizan una crítica de la astrología que cumple un propósito didáctico, pero que en el caso de Torres resulta además imprescindible como defensa frente a la censura eclesiástica. Y con todas las limitaciones, los dos, en último término, reivindican el poder de la voluntad y la razón individual frente a la idea de destino, como lo hace Torres en esta copla de 1737 con la que voy a concluir este breve estudio:

De el planeta más furioso
Puedes burlar el poder
Y su coraje vencer
Con la virtud y el reposo.³³

³⁰ Torres Villarroel, *El quartel de invalidos...* (1739) (Sevilla: Imprenta Real de Don Diego de Haro) np.

³¹ Mercadier 125-34.

³² Aguilar xvii. La más famosa de las predicciones acertadas de Torres, la que según la tradición popular anticipa la revolución francesa, fue una falsificación posterior, según Emilio Martínez Mata, “Pronósticos y predicciones de Diego de Torres Villarroel,” *Revisión de Torres Villarroel* 101.

³³ Torres Villarroel, *El atillo* np.